

CRÓNICAS

¿QUIÉN ES TU NUEVO ABAD GENERAL?

Bernardus Peeters, OCSO

Hermanos y hermanas,

Después de la elección, muchos de ustedes, pero especialmente las comunidades que no han podido estar aquí, me pidieron que les contara un poco más sobre mí. Comprendo esa necesidad e intentaré contarles algo sobre mí para que sepan quién es su nuevo Abad General. Lo hago teniendo como trasfondo un texto de Thomas Merton. Ya sabrán que Merton ha sido un fiel compañero y amigo en mi vida monástica. En *Semillas de contemplación*, Merton escribe: “Si me pides que me identifique, no preguntes dónde vivo, qué como, o cómo me peino, sino pregunta cuáles son las razones por las que vivo, y pregúntame qué me impide vivir plenamente aquello por lo que quiero vivir. Entre esas dos respuestas, podrás determinar la identidad de cada persona”.

Nací el 18 de enero de 1968 en el sur de los Países Bajos, en una región fronteriza con Alemania y Bélgica. Mi padre era fabricante de ladrillos y mi madre maestra de educación especial. Mis padres ya fallecieron, y les estoy muy agradecido por la infancia feliz y la buena educación que me dieron, tanto a nivel humano como religioso. De mi padre heredé el talento organizativo y de mi madre una gran sensibilidad hacia las personas débiles y vulnerables y capacidad de escucha. Tengo un hermano mayor que tiene familia y trabaja con grandes camiones a nivel internacional.

Recibí la vocación religiosa muy temprano. Cuando tenía 6 años, fui monaguillo en una capilla de hermanas apostólicas. Yo era demasiado pequeño

para ayudar a Misa, pero me permitieron ayudar al sacerdote en la Adoración. Este llevaba una capa bordada con estas palabras: *Deus caritas est*. No presté ninguna atención al Santísimo Sacramento, pero estaba fascinado por estas tres palabras. Pregunté a mis padres qué significaban, pero no lo sabían. Las hermanas en la sacristía pensaban que yo debería estar más atento a Nuestro Señor. Sin embargo, insistí y seguí repitiendo esas palabras. Poco a poco descubrí el significado y estas palabras se clavaron en mi corazón. (¡Quizás esta fue mi primera experiencia de *lectio divina!*). Más tarde, este amor a Dios también me fue dado como una experiencia personal conmovedora.

Quería ser misionero porque había un gran Seminario de los Padres de los Sagrados Corazones en nuestro pueblo. Estos misioneros fueron enviados al final del año a países con nombres exóticos: Ecuador, Paraguay, Chile, etc. ¡Yo también quería ir allí! Hasta que visité una abadía benedictina con los alumnos de mi clase. Incluso antes de que hubiéramos hablado o visto a alguien, ya en la entrada de esa casa, supe que era allí donde Dios me quería. ¡Este es tu lugar!

Tuve contactos con esta comunidad benedictina pero nunca entré porque en una conversación con el Maestro de novicios comprendí que faltaba equilibrio entre la oración y el trabajo. Era realmente un lugar de estudio, pero con poco trabajo manual. Quería hacer algo con mis manos. El Maestro de novicios me dijo entonces: “Ve a ver a los trapenses, porque creo que todavía tienen trabajo manual”. Así lo hice y por casualidad descubrí la comunidad de Tilburg, donde entré en 1986.

En ese momento había 40 monjes en Tilburg, pero todos eran ancianos. No había gente joven. Pero el año anterior, sin embargo, un cierto número de jóvenes habían entrado. Hice mi noviciado con once jóvenes que de repente llamaron a la puerta de la abadía. Fue como un milagro. De estos 11, soy el único que quedé. En 1997, nuestra comunidad decidió que nuestros hermanos mayores fueran a una residencia de ancianos y los nueve hermanos más jóvenes comenzaran de nuevo en la inmensa abadía. Este gran sacrificio de nuestros hermanos mayores produjo un nuevo comienzo para nuestra comunidad. Bajo la sabia dirección de mi antecesor hicimos una especie de refundación.

Realicé mis estudios teológicos en la Universidad Católica de Tilburg y mis últimos exámenes en Cristología fueron sobre el teólogo germano-italiano Romano Guardini. (Al que deben conocer para entender las enseñanzas del

Papa Francisco). Después de mis estudios universitarios, me especialicé en la Cristología de las monjas cistercienses de los siglos XII y XIII. Fui prior de mi comunidad desde 1997, y estaba a cargo de los novicios y de la cervecería. En diciembre de 2005, los hermanos me eligieron como su abad. Después de mi elección escogí como lema las palabras de mi profeta favorito Amós: “*¡Busquen al Señor y vivirán!*” (Amós 5,4).

Como abad, he tratado de hacer de mi comunidad un lugar en el que cada hermano pueda encontrar a Dios, a sí mismo y a los demás en una vida fraterna de silencio, sobriedad y solidaridad a través de la oración, la *lectio* y el trabajo. Para mí, todo está fundado en el encuentro con Cristo. Ese es el centro de nuestra vida. Siempre me gusta referirme a la historia del *Amplexus*, de san Bernardo. Hay muchas versiones de esa famosa historia, pero me gusta la versión de Cesáreo de Heisterbach. Permitted a un novicio ir en busca del gran secreto del abad de Claraval. Después de muchos intentos fallidos, el novicio descubrió que después de *Completas*, Bernardo volvía a la iglesia para orar en silencio. Siguió al abad, se escondió detrás de una columna y vio a Jesús Crucificado bajar de su cruz y abrazar a Bernardo. Esto es para mí la vida monástica.

Este Jesús que me abraza en el silencio y la sencillez de la oración es también el Jesús que yo abrazo. Él está presente en la Iglesia, en mis hermanos y en el mundo. Yo lo abrazo porque Él me abraza. En ese abrazo se escucha también el grito de este mundo con sus crisis ecológicas, sus guerras, sus refugiados y la injusta distribución de las riquezas y de los bienes. Con todas estas heridas y otras más, Él me abraza y yo lo abrazo con mis propias heridas personales.

Nuestra respuesta monástica es hacer nuestro en la oración el grito de Cristo, pero también en la acción concreta. El silencio, la sobriedad y la solidaridad son, por tanto, respuestas esenciales para mí. El silencio me enseña a escuchar atentamente. La sobriedad me enseña a asumir mi responsabilidad con la creación. La solidaridad me enseña a estar abierto a todos y a todas las cosas.

Durante mis años como abad pude aprender y recibir mucho. Una de las experiencias más hermosas (pero no fáciles) y la que más me enseñó, fue en 2006 cuando nuestra casa hija menor, en Victoria (Kenia), se vio envuelta en una situación de guerra. Los hermanos de Victoria tuvieron que huir y dejar todo. Su situación ya era problemática antes de la guerra. Muchos me dijeron entonces que no había futuro para esta comunidad y que era mejor disolverla. Pero sentí el

peso de la responsabilidad y dije a mis hermanos de Comunidad: “Miren, somos pequeños, vulnerables y humanamente incapaces de ayudar a nuestros hermanos de Victoria, pero tenemos que hacerlo en nombre del Evangelio y la *Carta de Caridad*”. La comunidad me apoyó y a pesar de nuestra situación vulnerable, ayudamos a otra comunidad frágil. Esto nos llevó a dar desde nuestra misma pobreza y así obtener fruto para ambas comunidades. Esto me enseñó también que en medio de una crisis siempre existe el peligro de encerrarse y alejarse de la realidad. Pero Jesús nos enseña a hacer todo lo contrario. ¡Salgan y proclamen la Buena Noticia!

Tengo en verdad una deuda con todas las casas Hermanas. Siempre me he sentido privilegiado de ser parte de estas comunidades y de la vida de tantos hermanos y hermanas. Todas las tareas que la Orden me ha confiado a lo largo de los años me han labrado y me han dado un gran amor por nuestra Orden. Mi propia comunidad y la Orden me han dado un sentimiento de pertenencia. Al final, siempre fue un encuentro con y por Jesucristo.

La apertura al Espíritu Santo me dio fuerzas para cumplir con todo tipo de responsabilidades, incluso fuera de nuestra comunidad. He servido durante los últimos seis años a la Iglesia de los Países Bajos y especialmente a los religiosos de nuestro país. Después del Concilio Vaticano, nuestra Iglesia holandesa cayó en una profunda crisis de polarización y división. Cuando asumí la responsabilidad de la Conferencia de Superiores Mayores del país, hice todo lo posible para restaurar la unidad entre los obispos y los religiosos. Fue una alegría servir a la vida religiosa de mi país y ver no solo el final de muchas congregaciones y órdenes, sino también las pequeñas primicias de algo nuevo.

Deseo servir a nuestra Orden en este espíritu, y caminar juntos es muy importante para mí. Así que realmente cuento con cada uno de ustedes para que me ayuden a cumplir este ministerio que me han confiado. Todos, cada Hermano y cada Hermana, son importantes y son portadores de un mismo carisma fundado en un solo y mismo bautismo. Que todas nuestras comunidades, nosotros y todos nuestros hermanos y hermanas, seamos lugares de encuentro donde Dios pueda encontrarse con nosotros. Queridos hermanos y hermanas, *¡busquen a Dios y vivan!*

Asís, 13 de febrero de 2022